

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 17 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
de la monísima estrella

Constance Talmadge

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la tenemos cedida a la **Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 183

25 cts.



ESPOSAS
CONSCIENTES

por Mãe Bush,
Wanda Hawley, etc.
de Catalunya



SCHERTZINGER, Vidm

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 183

ESPOSAS CONSCIENTES

(BREAD, 1924)

Interesantísima comedia, de asunto real, interpretada por los célebres artistas MAE BUSCH, WANDA HAWLEY, PATT O'MALLEY, ROBERT FRAZER, HOBART BOSWORTH, etc.

Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn-Corporation
Rambla Cataluña, 122 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CONSTANCE BENNETT

ESTRENADA EL 17-7-27
Vene Cine-Mundial: octubre 1924-pag. 573

Esposas conscientes

Argumento de la película de dicho título

La señora de Sturgis ganaba su sustento y el de sus dos hijas dando lecciones de música a los niños del vecindario. Pero a pesar de su esfuerzo reinaba constantemente la penuria en el hogar. Trabajaba sin fatigarse, todo lo hacía orgullosa por sus hijas, rubia la una, de cabello dorado como el sol, llamada Alicia; morena la mayor, Juanita, de ojos negros y ardientes y cabello oscuro como la noche.

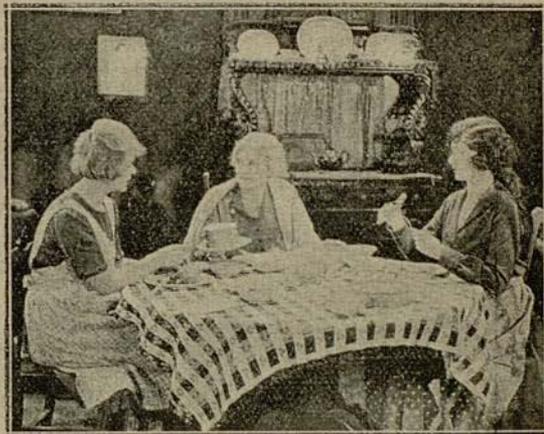
Comprendía bien la señora de Sturgis lo embarazoso de su situación. Aquel mismo día se había visto obligada a pedir a una de sus discípulas, una cantidad a cuenta, para atender a las necesidades más perentorias.

En el piso de abajo vivía Rafael Beardsley, un muchacho pobre pero que se ganaba bien la vida. Se había enamorado tímidamente de Juanita sin atreverse a manifestarle su amor. Daba ahora vuelta entre sus manos a una entrada para el baile de la Sociedad de Encuadernadores que debía realizarse aquella noche y al que se proponía invitar a su enamorada. ¿Aceptaría ella?

—¡Bah!—se dijo, convenciéndose a sí mismo—. Lo más que puede pasar es que me diga que no.

Y decidido se dirigió a casa de la señora Sturgis.

Era la hora del almuerzo. Antes de comenzar, la madre y sus hijas habían rezado para



Era la hora del almuerzo. Antes de comenzar, la madre y sus hijas habían rezado...

que nunca faltara en aquella mesa el bendito pan. Hablaban tranquilamente, animosas a pesar de su escasez, soñando en un tiempo más afortunado.

Llamaron y Alicia fué a abrir, encontrándose con Rafael. El corazón de la jovencita la-

tió con inusitada violencia y su rostro pareció cubrirse de rubor. Ella sentía algo por aquel hombre que en cambio demostraba sus preferencias hacia Juanita.

—¿Está su hermana?—preguntó.

—Sí, pase usted.

Y ya dentro, explicó lo que le traía a aquella hora.

—Desearía llevar a Juanita a un baile que hay esta noche.

Juanita rió alegremente. Ciertamente no le interesaba gran cosa Rafael, pero el baile era su pasión favorita.

—Puede usted llevársela, Rafael—respondió la madre, complaciente.

Alicia contemplaba esta escena, un poco recogida, mirando al vecino con ternura.

—Bueno, pues que se adorne con las mejores galas, que luego pasaré a buscarla.

La señora Sturgis y Alicia se desvelaron para que la chiquilla fuese bien. La vistieron con ropas sencillas, humildes, pero que realzaban su ardorosa belleza.

—¿Qué te parezco, mamá?

—Estás divina, hijita.

Cuando volvió Rafael, estaban dando las mujeres los últimos toques a la *toilette* de Juanita. Una indiscreción del muchacho al reír burlescamente ante un retrato de Juanita cuando tenía cuatro meses, dió ocasión a que ésta se enfadara, amenazando con no querer salir; mas la intervención de la madre logró

apaciguar su geniecillo, y satisfecha marchó esplendorosa de juventud a la diversión.

Pasaron las horas. Mientras Juanita estaba en el baile, la señora Sturgis consultaba su libro de cuentas en que constaba toda una his-



La vistieron con ropas sencillas, pero que realzaban su ardorosa belleza.

toria de privaciones. Alicia quedaba pensativa, soñando tímidamente en el hombre que amaba y que no sería para ella.

A media noche regresó Juanita del baile.

Estaba llorando con un desconsuelo infinito.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Has reñido con Rafael?—inquirió su madre.

—No, Rafael no tiene la culpa de que yo esté llorando.

—Pues, entonces...—prosiguió alarmadísima la señora Sturgis.



—Pues, entonces...—prosiguió alarmadísima la señora Sturgis.

—Es que todos se rieron de mí al verme tan mal vestida...

—¡Oh, hija mía! ¿Y quiénes te han disgustado de este modo?

—Nadie tiene la culpa, madre. Lo que pasa es que yo necesitaba que me sucediera algo

así para aprender a darme cuenta de muchas cosas.

—No te comprendo, Juanita.

—Sí, en vez de consentir que tú sigas má-tándote para que yo pueda estudiar, trabajaré como hacen tantas otras.

—Eso no. Yo continuaré sacrificándome para que estudies.

—Madrecita buena... He de trabajar, y al propio tiempo que alivio tu situación, podré hacerme vestidos que no me humillen, como éstos, como éstos... ¡Ay! todas las muchachas se burlaron de mí...

Y lloraba y reía al propio tiempo, con el pensamiento puesto en la nueva vida que comenzaría al otro sol...

* * *

Juanita aprendió rápidamente la taquigrafía y se colocó en un despacho editorial. Todos los principios son costosos; así Juanita tembló la primera vez que fué a tomar dictado del señor Corey, el director de la casa. Le habían informado de que era terrible y soltaba palabras que “no estaban en ningún diccionario”.

Pero todo eran exageraciones. Dictaba las cartas con suma rapidez, mas en el fondo parecía un buen hombre que tenía consideraciones exquisitas para sus empleadas.

Poco a poco aquella existencia de actividad constituyó por entero la vida de Juanita. Veía en ella el porvenir, la seguridad de mejorar

de posición y abandonar para siempre las escares que reinaban en el hogar.

Rafael había visto con desaliento ese cambio en el modo de ser de Juanita. Lo confesaba a Alicia una tarde en que, por costumbre, fué a visitar a los Sturgis.

Alicia, mirándole con sus hermosos ojos azules, rasgados y suaves, le contestó:

—Juanita no piensa más que en su Oficina, Rafael, y no se casaría ni con usted ni con nadie.

—¡Dios mío! Y yo que había pensado en ella...

Alicia clavaba sus ojos en él como si quisiera descubrir lo que ocurría en su espíritu. ¡Oh! parecía decirle: “Juanita sólo vive para los negocios, pero yo, Rafael, yo... ¿no se ha fijado usted en que también soy joven y bonita...?”

Y Rafael comprendió... agradecido...

*
* *

Pasó un año. Rafael, solitario, fué olvidando su cariño por Juanita, para adorar a Alicia, la rubia criatura, tan adorable y suave. Se casó con ella. Comprendía que la amaba viéndola tan buena y dulce. Entretanto. Juanita ocupaba el puesto de Secretaria del director de la casa editorial Corey. Había ascendido; era toda una “personalidad” en el despacho.

La esposa de Corey tenía la monomanía de

creer que todas las mujeres trataban de robarle a su acaudalado marido.

Cuando aquel día, encontrándose en el despacho de su esposo, vió aparecer a Juanita, frunció repentinamente el entrecejo.

—Es mi nueva secretaria, la señorita Sturgis—dijo Corey.



—Juanita no piensa más que en su oficina, Rafael...

La joven le alargó la mano, que la dama no tomó, contestando a su saludo con una sonrisa fría. Cuando un poco aturdida por aquel extraño recibimiento se alejó Juanita, la señora Corey dijo a su marido:

—Ahora me explico por qué desde hace al-

gún tiempo no quieres salir de la Oficina.

El director estaba acostumbrado a los celos de su mujer y aguantó resignado aquella nueva acometida.

Poco después se presentaba en el despacho, Martín Devlín, un hombre que se debía a sí mismo lo que era y que no pecaba de tímido. Tenía negocios por su cuenta que no le iban del todo mal.

—El señor Corey no puede recibir ahora a nadie—dijo Juanita cuando le presentaron la tarjeta de Devlín.

Este insistió y entregando al meritorio una moneda de plata, dijo:

—Dile a la Secretaria del señor Corey que deseo hablar con ella.

—Dígale que tengo mucho que hacer y me es imposible—fué la respuesta de Juanita, molestada por tanta insistencia.

Pero dádivas ablandan peñas. Mediante el reluciente brillo de un dólar, el meritorio dejó franca la entrada a Martín, que sonriente penetró en el despacho de Juanita.

—¿Quién es usted?

—Martín Devlín, para servirla.

—¿Usted no sabe...?

—Espero que no irá usted a enojarse conmigo.

—Me parece que le han informado mal—contestó Juanita seriamente—. El señor Corey no puede recibir a nadie ahora y yo no tengo un minuto que perder.

En aquel momento se abrió la puerta que

comunicaba con la Dirección y apareció Corey.

—¡Hola, Martín! ¿Qué tal?—le saludó con el mayor cariño, dejando a Juanita estupefacta.

Entraron en el despacho del Director. Al cabo de un momento fué llamada Juanita, a la que Corey ordenó:

—El señor Devlín va a dictarle a usted unas pocas notas.

Resentido su amor propio, con un gesto de mal humor, Juanita requirió las cuartillas y el lápiz y esperó.

Martín dictaba en voz tan baja que Juanita hubo de advertirle:

—¿Me hace el favor de levantar un poco la voz?

—Con sumo gusto—respondió él jovialmente—. Cogió un tono tan alto que la taquígrafa, mirándole indignada, repuso:

—No hace falta que grite usted.

Cuando Martín, después de saludarla con una sonrisa burlona, abandonó la Oficina, estalló la indignación de Juanita. Pero ¿qué se proponía aquel hombre con aquellas miraditas y aquella sonrisa de mofa?

Durante algunas semanas hasta el más ciego pudo notar que Martín Devlín se había propuesto influir en la vida de Juanita Sturgis. Estaba enamorado de ella y dispuesto a vencer la resistencia y la energía de la joven.

Empezaban a fastidiar a Juanita los galan-

teos y las atenciones de Martín. Un día le enviaba un magnífico ramo de flores con una tarjeta que decía: "*No se olvide de mí.*" Otro, una caja de bombones con el consabido tituló "*No se olvide de mí*". Ella vivía únicamente para los negocios, enamorada de la vida mercantil, sin tiempo que dedicar al amor.

En tanto, Alicia consagraba la vida al hogar. Era madre de una preciosa criatura que constituía la felicidad suya y de Rafael.

Había ido su madre a visitarla. Estaba contenta como nunca.

—No puedo quejarme—decía—. Juanita me da 20 pesos todas las semanas. Se gana bien la vida en la Oficina.

—Yo no cambio el ser madre de este angelito—contestó Alicia—por el mejor empleo del mundo.

¿Qué le importaban a ella las ambiciones de la vida, si tenía en su casa los más bellos tesoros del mundo?

Juanita, aquel día, recibió otra tarjeta de Martín enviándole dos butacas para que ella y su madre pudieran asistir a una función de teatro. Y terminaba con el estribillo: "*No se olvide de mí.*"

—No iré — fué el primer pensamiento de Juanita.

Cuando llegó al despacho, campechano y sonriente, Martín pudo ver con la mayor sorpresa cómo estaban en poder de las demás empleadas los bombones y las flores que él había regalado a Juanita.

—Tiene usted muy buen gusto para comprar bombones, señor Devlín—le dijeron zumbonas.

¡Ah! muy bien, ¿de modo que continuaban los desdenes? Entró en el departamento de



En tanto, Alicia consagraba la vida al hogar. Era madre de una preciosa criatura que constituía la felicidad suya y de Rafael.

Secretaría.

—Qué, ¿se decide usted a ir esta noche al teatro?

Furiosa, Juanita se dirigió a la máquina de escribir comenzando a teclear con rabiosa insistencia.

—No iré, no iré, no iré, no, no, no...

—¡Caramba! ¿Es que se entrena usted para un concurso de velocidad? Mire que soy capaz de pasarme el día entero suplicándole que no falte esta noche.

Fué tan insistente, tan cargante, que Juanita respondió al fin:

—Bueno, iré con mi madre. ¿Quiere usted ahora dejarme en paz?

—Tiene usted muy buen corazón y no me olvidaré de ello.

Y al marcharse, volvió a repetir:

—No se olvide de mí.

Juanita sonrió entre enfadada y satisfecha. ¿Le gustaba o no aquel hombre? Era simpático, era joven, pero no, no podía amar a nadie.

Fueron Juanita y su madre al teatro. Casualmente el señor Corey y su esposa ocuparon las butacas contiguas. Se saludaron. La esposa del director, celosa por aquel encuentro, murmuró al oído de su marido:

—¿Hasta para ir al teatro necesitas que te acompañe tu secretaria?

Trancurrió la función. En el acto tercero llegó Martín, que, sonriente, se acomodó al lado de Juanita, logrando con su simpatía aclarar el rostro severo de la joven.

Ya de regreso al hogar, Martín, que había

acompañado a las dos mujeres, cuando la señora Sturgis salió de la habitación, pretendió abrazar a Juanita, mientras musitaba:

—Te amo, te amo...

Ella, desasiéndose rápidamente de sus brazos, exclamó:

—¡No, no! ¿Qué locura es esta?

—¡No es locura sino amor, Juanita! ¿Cuándo nos casamos?

—Nunca.

—¿Es que no me quiere usted?

—Martín, he luchado por crearme una posición independiente, quiero vivir mi propia vida y no sacrificaré mi ambición ni por tratarse de usted.

—Estoy seguro de que lograré convencerla. Usted me ama.

—Yo no puedo amar a nadie.

Al siguiente día, el señor Corey llamó a Juanita a su despacho.

—Usted habrá observado sin duda que mi mujer... es un poco rara...

—Yo...

—Sí... Y ahora va a entablar demanda de divorcio, porque me acusa de infidelidad... con usted.

Juanita rompió a llorar horrorizada.

—Eso es absurdo y no podrá probarlo — continuó Corey—, pero el escándalo la perjudicaría a usted y haría forzoso su retiro de esta Oficina.

Juanita lloraba con desconsuelo. ¡Qué almas tan ruines corren por el mundo! Viendo-

la llorar y estremecerse, Corey se acercó a ella y trató de consolarla.

Pero se abrió la puerta, apareciendo la señora Corey y su abogado.

—Muy bien, magnífico, pueden ustedes continuar—dijo la esposa con alterada voz—. He aquí otra prueba convincente. Y usted, mala mujer, no sé cómo me contengo, ladrona que quiere robarme a mi esposo.

—Te prohíbo que injuries a la señorita Sturgis—dijo Corey.

Los gritos llamaron la atención de las mecanógrafas y del meritorio, que se pusieron a escuchar.

Llegó Martín, alegre y tarareando una canción. Oyó escandalizado los comentarios de los empleados y, temiendo algo grave, entró de improviso en el despacho del director.

—¿Sabe usted, señor Corey—comenzó con gran severidad—, que toda la Oficina se ha impuesto de lo ocurrido?

—Martín.

—¡Ah! otro testigo—dijo la señora Corey—. Así conocerá usted también la conducta de la señorita.

—La persona que se atreva a decir una sola palabra en contra de la señorita Sturgis, tendrá que entenderse conmigo que soy su prometido.

Y estrechó a Juanita contra su corazón. Salieron los dos del despacho y Juanita, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Martín. Con su intervención me ha libra-

do de una escena violenta. Se lo agradezco con toda mi alma. Querían hacerme víctima de algo muy grave.

—Lo sé todo, Juanita. Y tengo fe en ti. Yo te defenderé contra todo el mundo. Porque eres mi prometida ¿verdad?

—Ya ves que sí.



—La persona que se atreva a decir una sola palabra en contra de la señorita Sturgis...

Y sus labios se juntaron.

*
**

Llevaba ya Juanita seis meses de matrimonio durante los cuales había tratado de administrar su hogar como si fuera un negocio.

Martín gastaba todo el dinero que ganaba, y a veces le faltaba más.

Aquel día, al volver de su trabajo, Martín había traído a Juanita un bello ramo de orquídeas.

—No podemos darnos el lujo de comprar orquídeas, Martín—advirtió la esposa.

—Te las he traído para que las luzcas esta noche en el baile del Club Familiar, donde me propusieron como socio y fui aceptado. La cuota de entrada es sólo de 50 pesos.

—Pero, Martín, tú sabías muy bien que habíamos invitado a los de casa a comer aquí esta noche.

—Eso es lo de menos, mujer, con llamarles por teléfono y explicarles lo que pasa, todo quedará arreglado.

—¿Por qué hemos de hacer siempre lo que tú quieres? — dijo Juanita, algo picada —. ¿Acaso soy yo un ser sin derecho a tener voluntad propia?

—¡Qué geniecillo gastas, chiquilla!

—Mira, estás insoportable con tus cosas.

—Pero Juanita, sé razonable. Tú has estado en una Oficina y sabes muy bien lo importante que es buscar nuevas relaciones que pueden servirle a uno en un momento dado.

—Sí, estuve en una Oficina y te aseguro que como esto siga así, acabaré por volver a trabajar y no tener que vivir sometida a tu voluntad como una esclava.

—Vaya, Juanita, compláceme por esta vez. Telefona a tu casa.

Martín cogió el aparato y colocándolo ante su esposa:

—Anda, no seas chiquilla...

Y telefonaron. Hicieron las paces. Y contentos con la alegría de su hermosa juventud,



—Vaya, Juanita, compláceme por esta vez. Telefona a tu casa.

se dispusieron a ir al famoso baile.

El aplazamiento de la comida disgustó a la familia Sturgis que se vió obligada a improvi-

sar la suya de cualquier manera, ante aquella imprevista suspensión.

Juanita era feliz, sólo turbada su dicha por su carácter dominador que chocaba a menudo con el de Martín.

El baile del Círculo Familiar aburrió sobranamente a Juanita. Martín se divertía de lo lindo y estuvo bailando toda la noche. Juanita permaneció sentada en un rincón teniendo que aguantar las vulgaridades de un caballero gordo que le hablaba de cosas estúpidas. ¡Oh, qué ordinario era aquel hombre! Bailó con él y tuvo que resistir el suplicio de que la pisasen continuamente.

—Vámonos, Martín—dijo cuando pudo librarse de aquella empalagosa compañía.

—Pero, Juanita, marcharnos así, de esta manera...

No era posible. Tenía comprometido otro baile. Y mientras volvía a entregarse a las delicias de la danza, Juanita, presa de un aburrimiento tenaz, regresó sola a su casa.

Cuando unas horas más tarde, Martín volvió a su domicilio, encontróse con que Juanita había cerrado por dentro la puerta de la alcoba.

—¡Juanita, Juanita!

Ella despertó. ¡Pobre Martín! Escuchó las súplicas del marido y se dispuso a abrirle la puerta, pero en aquel momento oyó cómo cambiaba el tono de la voz de su esposo, que, furioso, exclamaba:

—¡Abreme o echo la puerta abajo!

¡Ah! ¿venía con imposiciones? Pues, no... que se fastidiase. Y continuó oyendo los improperios de su marido con imperturbable tranquilidad.

—Ya te enseñaré yo quién es el que manda en esta casa—rugió Martín alejándose.

¡Vaya con el geniecillo y la terquedad de Juanita! Y no tuvo otro remedio que tumbarse en un diván y esperar allí a que amaneciera.

Juanita sintió remordimientos. ¡Pobre Martín! Consideró que tendría frío, y llevada de repentina piedad, levantóse, cogió un edredón y salió del cuarto, de puntillas. El marido dormía tranquilamente. Ella colocó sobre su cuerpo el fino y suave abrigo. Y se acurrucó a su lado, enamorada a pesar de los pequeños disgustos.

Daban las tres cuando el gato de la casa saltó sobre el reloj de cuco, tirándolo al suelo. El ruido les despertó, y Rafael vió junto a sí a Juanita y se sintió invadido de un mismo anhelo de perdón.

—Martín, ¿me perdonas?

—¡Oh, Juanita! Si para mí tú lo eres todo...

Al siguiente día, cuando Martín volvió a su Oficina, Juanita estudió la situación económica del hogar. No era ciertamente halagüena y ante el libro de cuentas se preguntó si, como su pobre madre, estaría condenada a que la atormentase de continuo el problema del pan de cada día. ¡Oh! era necesario ahorrar, no prodigar las cosas innecesarias.

Por eso, cuando más tarde volvió Martín con un gran paquete, diciéndole que le traía otra sorpresa, Juanita no pudo menos de constatar:

—Pero, Martín, ¿tú sabes lo que haces? Ves la escasez en que vivimos y gastas el dinero en cosas superfluas. ¿A ver qué nueva locura has cometido?

Abrió la caja y sacó de ella un hermosísimo abrigo de pieles.

—Lo compré baratísimo—explicó Martín—, y para irlo pagando poco a poco durante un año.

—Eso es; aquí yo estoy devanándome los sesos para ver cómo se paga la cuenta de los comestibles y a ti no se te ocurre nada mejor que comprar un abrigo de pieles.

—¡Bah! No te enfades. Tienes razón en que soy algo dadivoso. Pero yo creo que lo que hace falta en esta casa es un niño, si lo tuviéramos ya verías cómo yo ahorra y me volvía otro hombre.

Juanita volvió a guardar el abrigo de pieles, y enseñándole una cajita de madera, respondió a su marido:

—Mira, lo que ibas a pagar por el abrigo y todo centavo que nos sobre, lo pondremos aquí y todo ese dinero será... para él.

Y saborearon la alegría de una posible paternidad futura.

Alicia y Rafael tenían preocupaciones de muy distinta índole. Uno de los frutos de su

amor estaba ahora enfermo y las cuentas se amontonaban en la casa.

—Cuando Martín me pague los 50 pesos que me pidió prestados—dijo Rafael—, podremos pagar estas cuentas.

—Que no se te vaya a ocurrir hablarle a Martín de esos 50 pesos—respondió Alicia—; él y Juanita están pasando grandes apuros por falta de dinero.

Algún tiempo después, Martín y Juanita recibieron una invitación para asistir a un baile del elegante Club de Cohasset.

¡Oh, esto ya era otra cosa! Aquí se encontraba Juanita entre personas bien educadas, de corrección exquisita... al parecer. Pero entre ellos estaba Gerardo Kenyon, un hombre que no reparaba en el dinero cuando se trataba de satisfacer sus pasiones. Desde el primer momento había puesto sus ojos en la hermosísima Juanita, sintiendo por ella un estremecimiento de pasión.

La invitó a bailar orgulloso de estrechar entre sus brazos tan linda criatura. Martín, paseando por los salones, recogió la sonrisa de Juanita que le miraba mientras bailaba con Gerardo. Al observar una llama de amor en los ojos de Kenyon, palideció repentinamente.

Gerardo tenía bien dispuesto su plan. Antes que nada era preciso poner en ridículo al esposo.

—Su señora baila admirablemente—le dijo a Martín—. ¿Es la primera vez que vienen ustedes al Club? No habrá usted visitado el

segundo piso. Venga que le acompañaré y habrá sorpresas.

Las sorpresas consistían en que allí se violaba tranquilamente la famosa ley "seca". Dos negros se encargaban de proporcionar el amado alcohol a los concurrentes, por medio de graciosas combinaciones. El vino salía de un grifito que a modo de dije colgaba de la cadena del reloj de uno de los negros, y que ocultaba un pequeño depósito, y también del interior de una pierna ortopédica de uno de los criados.

—Beba usted, Martín, que aquí no se acaba nunca el vino.

Y Martín, débil, bebió, una y otra vez, hasta no ser dueño de sí mismo. Cuando le vió en tan lamentable estado, Gerardo volvió al salón y acercóse a Juanita, que le preguntó:

—¿Dónde está Martín?

—¿Martín? No está poco ocupado, señora. Y bajando la voz y mirándola fijamente.—Es un enemigo de la "ley seca".

Juanita quedó sorprendida:

—Debe estar usted equivocado. Mi marido no prueba nunca el vino.

—No, no lo prueba... lo bebe...

—No es verdad.

—Sí, Juanita, su marido es un vicioso y no puede hacerla feliz. Yo, en cambio, la adoro, estoy loco por usted.

Juanita se apartó instintivamente, presintiendo un peligro. ¿Qué era aquello?

—Haga el favor de decir a mi marido que

quiero irme a casa—contestó con dignidad.

Y orgullosa y ofendida se apartó de aquel hombre que le repugnaba.

Pero tuvo que sufrir las humillaciones, soportar las burlas de todos, al ver a Martín em-



—Sí, Juanita. Su marido es un vicioso y no puede hacerla feliz. Yo en cambio...

briagado por completo, sin conciencia de su propia personalidad, siendo el hazmerreír de las gentes.

—Martín, Martín, ¿qué es ésto?

Aquel día lloró Juanita de rabia, de humillación, de vergüenza. Hubiera querido desaparecer. ¡Oh! Aquel hombre que ella creía bueno, era un vicioso.

*
**

La falta de concordia entre Martín y Juanita acentuábase cada día más, y en tanto que ella se esforzaba vanamente en equilibrar el presupuesto, él no perdía ocasión de ir a divertirse, entregándose sin freno al juego.

Parecía otro, aquel vino le había hecho olvidar las cosas. Falto de dinero se acordó de los ahorros escondidos en la cajita y se dispuso a apoderarse de ellos para atender a sus crecientes necesidades. Juanita le sorprendió:

—Tú no sirves para marido ni servirías para padre—dijo indignada—. Lo que has hecho te coloca a un nivel más bajo que el de cualquier ladrón.

—Juanita, este dinero es mío.

—No, si tú trabajas en la Oficina, yo trabajo también en casa y el dinero que ganas nos corresponde en justicia a los dos.

—Yo pensaba devolverlo.

—No te engañes. Cuando pierdes el dinero en el juego y no contento con eso te apoderas del que guardamos en esa caja, haces algo peor que si robaras.

—¿Qué dices? Si fueras un hombre, te mataría a golpes.

—Si yo fuera un hombre, no te atreverías ni a chistar.

Y le dejó, convencida de que había muerto para siempre la unión y la paz de aquel matrimonio. Desilusionada, Juanita volvió a la Oficina en la que, le parecía ahora, había pasado los días más felices de su existencia.

—Siento que no le haya ido bien con Martín. Yo siempre tuve buen concepto de este



...él no perdía ocasión de ir a divertirse, entregándose sin freno al juego.

muchacho. Si está usted resuelta a separarse de su marido y volver a trabajar, ya sabe que puede venir a ocupar el puesto que tenía aquí —le dijo el señor Corey.

—Pero... ¿su esposa... no dirá nada?

—Mi mujer y yo nos divorciamos hace tiempo.

—¡Pues ya lo creo que vendré a trabajar aquí! Y me sentiré dichosa al volver a vivir sin depender de nadie.



—Tú no sirves para marido ni servirías para padre.

Pasaron tres años de separación. Juanita vivía independiente, desempeñando el mismo cargo de Secretaria. Pero había acabado por

darse perfecta cuenta de que el hogar era algo más que la casa en que se habita.

—¡Ay, Miso!—dijo acariciando a su gatito—. Yo nunca creí que iba a echar tanto de menos a tu amo.

Soñaba en Martín al volver a su casa y encontrarla vacía. Le faltaba el dulce calor del hogar. Y así pasaría los años y llegaría a la vejez y estaría siempre sola...

Entretanto, Alicia y Rafael vivían cada vez más felices. Había mejorado su situación, la vida comenzaba a sonreírles. Aquel día, Rafael había dicho:

—Sé que no podemos pensar en un automóvil de los caros, pero no me parece que sea imposible comprar uno de esos que venden muy baratos y pagarlo por mensualidades.

—¡Oh, Rafael, qué alegría si lo tuviéramos!

—Yo puedo economizar algo de lo que ahora gasto en cigarrillos y meriendas para irlo guardando y que sirva para ayudar al pago de cada mensualidad.

—Me gustaría que lo comprásemos más que nada por los niños.

—Ni una palabra más. Estoy seguro de que podré conseguirlo muy barato, y tal vez haciendo que el agente me abone su comisión. ¿Sabes quién es el Jefe de la Sucursal en que voy a comprarlo? ¡Martín Devlín!

—¿Martín?—contestó Alicia—. En ningún caso quiero que compres el automóvil por conducto de ese hombre que se portó tan mal con Juanita.

—Hay que ser justos, Alicia, ella tuvo mucha parte de culpa en lo que sucedió. A ningún marido le gusta que la mujer se pase la vida diciéndole que ella puede mandar más que él...

Al siguiente domingo, Rafael fué a buscar el automóvil comprado.

Juanita, a la misma hora, visitaba a su madre y a Alicia. Traía para la señora Sturgis un gran ramo de flores.

—Pero, hija, ¿por qué te gastas el dinero en traerme flores?—dijo la madre.

—Eso y mucho más te mereces, mamá.

—Ven a ver al nene—dijo Alicia con ternura.

Y Juanita sentía que su corazón palpitaba ante aquella felicidad.

—¡Ay, Alicia! si supieras cuánto me arrepiento de haberme separado de Martín!

—¡Pobre hermana mía!

—¡Qué distinta sería yo ahora con él!

Y lloraba, temblorosa de gratos recuerdos, de dulces emociones, viendo aquellos niños que ella no podría tener nunca, aquel hogar que le recordaba el suyo, para siempre perdido... ¿Qué era ella? Una pobre Oficinista, sin otra obligación que la de cuidar de los negocios. Pero en la vida había algo más que el trabajo. Había el amor, había la maternidad, existía el reino dorado de la familia. ¡Y nada era para ella!

Un automóvil se paró ante la casa de Ra-

fael. Lo guiaba Martín que era el vendedor del coche.

—Espérate, que voy a bajar con los niños. Cuando Rafael entró en la habitación y vió a Juanita se quedó estupefacto.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo llamando aparte a su mujer—. No sabía que Juanita estaba aquí y vine con Martín que está esperando en el automóvil.

—¡Oh! acaso pueda intentarse la reconciliación.—Y habló en voz baja a su marido que salió corriendo.

—Oye, Martín—dijo a éste—. Para dar una sorpresa a los niños, escóndete en el auto... y conste que yo no respondo de lo que pueda suceder.

—¿Qué es lo que puede suceder?

—¡Escóndete, hombre!

Y Martín se metió en el coche.

Habían salido ya de la casa, dispuestos a dar el primer paseito en el soñado automóvil, Alicia, sus hijos y su madre. Y también Juanita, que había accedido a acompañarles.

—Anda, sube Juanita...

Y cuando ésta entró en el coche, emocionada aún por los recuerdos, le pareció que soñaba cuando vió junto a sí a su marido.

—¡Martín, Martín!—suspirió abrazándole.

—¡Oh, Juanita, por fin te hallé! ¡Mía has de ser siempre! Y pensar que sin esta coincidencia, acaso no hubiera llegado nunca nuestra unión...

Se besaron una y otra vez, alegres, con la

dicha de recobrar lo que ya creían imposible.

En el asiento delantero, Rafael y los suyos reían, contentos de haber contribuído a aquella felicidad...

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO
la preciosa producción PARAMOUNT

La tragedia del Carlton

Creación de la genial artista
BETTY COMPSON

—
Éxito asegurado

—
Postal-fotografía-regalo :
HARRISON FORD

—
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
sale todos los miércoles en toda
España — Precio : 25 céntimos.